

HERMAN MELVILLE. *Las Encantadas*, Seix Barral, Barcelona, 1970.

La doctrina de la caída del hombre, de su pérdida de la gracia a causa del pecado, era la única parte de su anterior cristianismo en la que Herman Melville siguió creyendo hasta el fin de su vida. El año de su muerte —1891— anotó en su ejemplar de “Estudios sobre el pesimismo”, de Schopenhauer, su conformidad con la afirmación de ese filósofo de que “lo único que me reconcilia con el Antiguo Testamento es el relato de la Caída. A mi parecer, es la única verdad metafísica de ese libro, aunque aparece en la forma de una alegoría”. La poesía de Milton, con su fuerte dramatización del pecado de Adán, figuraba entre la literatura favorita del autor de *Moby Dick* e influyó en su obra desde el principio hasta el fin. ¿Puede el hombre formar parte de la naturaleza y hacerse uno con ella? Melville había visto la naturaleza en las islas de los Mares del Sur —que tan bien describe en sus primeras novelas, *Typee*, *Amoo*, *Mardi*—, ese pequeño universo que el isleño, con su cultura perezosa y primitiva, había creado y en el que vivía feliz. Pero detrás de esa naturaleza del cuerpo y de los sentidos, que parece una amiga tan afín al hombre. Melville descubrió otra naturaleza más mortal, una naturaleza que no puede ser dirigida ni dominada, que no puede ser cazada ni arponada, una naturaleza que amenaza al hombre con su misterio y su aniquilamiento, que pone de manifiesto todas sus facultades heroicas de oposición, resistencia y combate para que no lo venza con su secreto que supera a la naturaleza humana y todas sus leyes.

Melville se estaba refiriendo a la naturaleza que nos atrevemos a penetrar cuando dejamos atrás la tierra sólida, sus ciudades y sociedades, sus leyes y códigos de conducta humana, sus símbolos de fuerza y disciplina, y nos aventuramos en el gran elemento del misterio universal e inconsciente: el mar.

Esta noción le llevó a escribir *Moby Dick* (1851), una de las obras más hermosas y extrañas de la literatura norteamericana. Y cuando después de *Moby Dick*, Melville escribió *Las Encantadas* (1856), su fe en el destino humano parecía haber llegado a su extremo más bajo.

*Las Encantadas* es un relato descriptivo compuesto de diez esbozos o notas, y tiene como objeto esas islas de las Galápagos, frente a la costa de Ecuador, que Melville había visitado en su viaje por el Pacífico. Su prosa mágica las reproduce como un mundo estéril y desolado, la misma encarnación de la condenación del espíritu en la tierra.

Como un ejercicio de metodología del conocimiento, la descripción de

*Las Encantadas* va de lo general a lo particular. Las notas son fuertemente visuales; sin duda, Melville hace uso de la vista como un símbolo físico del conocer. Primero presenta las islas a la imaginación como un todo, y luego procede a ampliar, analizar y criticar.

En las dos primeras notas —“Trazos generales sobre las islas” y “Cara y cruz de una tortuga”— percibimos el grupo como uno solo; en la tercera y cuarta notas escalamos Roca Redonda para contemplar las islas en perspectiva, para verlas como son y también en relación con las extensas aguas que las rodean. Luego entramos desde el oeste hacia las islas Narborough y Albermale, esta última la más grande del grupo. La segunda parte de la nota cuatro particulariza las descripciones. La desolada Abermale tiene una población mezclada de 11 millones de lagartos, serpientes y arañas, “con exclusión de una legión incalculable de diantres, devoradores de hormigas, enemigos del hombre y salamandras”. Es el Infierno y su población. Narborough, por su parte, es un activo volcán donde “hay una horrenda maldad enfureciéndose en aquella oscuridad superior”. Más allá de Albermale hay 23 islas, algunas de ella invisibles desde Roca Redonda. La nota cinco nos narra cómo la fragata “Essex” estuvo a punto de zozobrar, en 1813, frente a Roca Redonda. La nota seis —“La isla de Barrington y los bucaneros”— es un agradable descanso dentro del cuadro general. La isla de los piratas es menos desolada que las otras; hay puntos de la costa donde anclar y la tierra provee agua, alimentos, incluso pasto y árboles. Las tres notas siguientes son historias de desterrados, y la nota diez, la última, titulada “Prófugos, abandonados, solitarios, lápidas, etc.”, es un resumen de estas historias. La nota —y el volumen— concluye apropiadamente con un epitafio inscrito en la tumba de un marinero abandonado.

*Las Encantadas* ha sido por lo general aceptada como una obra transparente que ofrece una imagen simple, una experiencia unívoca. Su propósito inmediato parece ser el de tantos libros de viajes; interesar a la audiencia con la exhibición de lo exótico y lo extraño. Pero como sucede con todos los libros de Melville, éste es un libro de viajes *más* otra cosa. Las notas o esbozos que componen el volumen encierran dos significados simultáneos: uno concreto y explícito (las islas como accidentes geográficos y topográficos) y otro abstracto e indirecto: Las Encantadas, islas estériles y arrasadas por el fuego, prueban por su existencia la Caída del Hombre y del mundo. Algunas observaciones intercaladas en la descripción del archipiélago, y el tono del lenguaje empleado por Melville, suscitan claras reminiscencias teológicas:

*Un grupo de volcanes extinguidos, antes que islas, que presenta el aspecto que podría ofrecer el mundo después de haber sufrido el castigo de una conflagración.* (p. 18).

*Pero la especial maldición, por así decirlo, que pesa sobre Las Encantadas.* (p. 18).

Melville recurre incluso a una parábola de los Evangelios para subrayar la condición infernal de esta tierra condenada:

*“Apíadaos de mí” —parece clamar el espíritu lastimero de Las Encantadas— “envíadme a Lázaro, que puede mojar las yemas de sus dedos en el agua y refrescar mi lengua pues sufro el tormento de la llama (p. 19).*

Asimismo, Melville recoge una creencia asentada en la superstición marinera: que el alma de los oficiales, en especial capitanes y comandantes, que observaron en vida una conducta malvada, se encarna en el cuerpo de las tortugas, una de las especies más abundantes que habitan la isla:

*Hay extrañamente algo de autocondenación en la apariencia de estas criaturas. Una perdurable tristeza, un castigo sin esperanza no se ha expresado en ninguna otra forma animal de manera tan suplicante.*

Melville prueba mediante Las Encantadas la realidad del mal, pero su manera de “probarla” es hacerlo sin decirlo: es imaginativa, metafórica, más que lógica: las islas han sido despojadas de toda dignidad y sentido para reinvestirse con la inhumana dignidad de la desolación. Son el infierno, habitado únicamente por los condenados, para quienes sólo ellas presentan atractivo. Su señor, sin embargo, no es Satanás, la figura del desafío eterno, sino la enorme tortuga galápagos, el emblema del sufrimiento sin esperanza.

Este grupo de islas es un microcosmos de realidad. Las Encantadas son un símbolo del mundo, como el “Pequod”, el ballenero de *Moby Dick*. Un microcosmos, sin embargo, no es el mundo; potencialmente tienen los mismos atributos, pero en un orden y en un énfasis diferentes. Está —por definición— limitado a un pequeño aspecto del todo que evoca. El aspecto de Las Encantadas es lo que sugiere a la imaginación: no son literalmente “el mundo”, sino una parte del mundo; sus escasos habitantes no son literalmente el género humano, aunque representan al género humano, sino una clase particular de hombre.

El tema de la séptima nota es la historia de la isla de Charles y el rey de los perros, un aventurero cubano que, como Satanás, encuentra mejor gobernar en el Infierno que servir en el Cielo. Había abandonado el Perú para construir su reino con ochenta hombres y mujeres, a quienes tiene sometidos por “un disciplinado ejército de corpulentos y escalofríos dogos”.

La nota octava trae otro relato, “La isla de Norfolk y la viuda chola”, la narración más perfecta del libro y que, con la nota novena, es la más interesante.

La chola Hunilla, su esposo y un hermano fueron llevados a la isla por un ballenero francés para que elaboraran aceite de tortuga. Tienen un comienzo próspero en la faena, pero a las pocas semanas mueren los dos hombres cuando les naufraga el bote; el accidente se produce a la vista de Hunilla, sin que ella pueda socorrerlos. Sola en la isla, la chola aguarda

el retorno del barco francés, el que nunca más aparece. La mujer sufre la larga tortura del tiempo que transcurre sin esperanzas de rescate, hecho simbolizado por las marcas de los días que va tallando en una caña. Al cabo de 180 días de espera, suspende las anotaciones. Cuando por fin es rescatada por el ballenero del narrador, la mujer da a entender que otros hombres habían llegado en el intertanto a la isla, pero sólo para ultrajarla y abandonarla de nuevo.

La inocente Hunilla es uno de los tantos infortunados de las islas. Como la tortuga, ella resiste todos los males. Su historia termina con la frase:

*La última vez que vi a la solitaria Hunilla ya iba camino a Payta, montada en un burrito gris; y ante sus ojos, sobre los lomos del borrico, aparecía entre los arreos del animal, una cruz heráldica.*

La chola Humilla, el burro, la gran tortuga, Las Encantadas, son todos mártires de la existencia.

El tema de la novena nota es la figura del ermitaño Oberlus, único habitante de la isla de Hood. Oberlus es la más perfecta encarnación de Las Encantadas; es más representativo que Hunilla en su doble carácter de miseria y maldad. Es a la vez lastimoso y perverso. Las crueles rocas, las impenetrables espesuras, los traicioneros precipicios, el mar inquieto y peligroso son las desgracias, pero al mismo tiempo, las iniquidades de las islas. Como Oberlus, un detestable, subhumano y misantrópico tirano que somete a la esclavitud a los marinos abandonados, son a la vez opresoras y oprimidas. Oberlus es Las Encantadas en lo que éstas tienen de más malo y tenebroso.

Esta serie de simples esbozos que compone el volumen de *Las Encantadas*, vuelve a probar una vez más que la literatura norteamericana no ha dado, ni antes ni después de Herman Melville, un escritor que con tanta fuerza, con tan exactos y hondos símbolos, expresara el problema del mal metafísico en una obra de proyecciones universales.

CARLOS MORAND